

DIVAGACION FINAL



la casualidad debo que a mi me tocasen el alfa y el omega del Libro de Fiesta Mayor.

Que la suerte me deparase el prefacio me hizo feliz. Pero el dolor a nadie concede privilegio; también le vendrá su parte de angustia y de trabajo al que ha sido largamente dichoso.

Y esto me lo ha dictado al oído aquel cordobés que, después de saborear todas las mieles del triunfo en la poderosa Roma, lloraba la nostalgia de la Patria desde su destierro en las peladas e inhóspitas piedras de la mediterránea Córcega.

La parte de angustia que me corresponde está sobre mi mesa de trabajo. ¡La profecía de Séneca se ha cumplido!

Nada menos, ¡ni nada más!, que poner remate al LIBRO, cargado de firmas que por sí solas ya son garantía de bien decir y buen saber.

Al igual que el que va diariamente a la Iglesia tiene cada día la obligación de meditar sobre la trascendencia de ir, el escribir no puede ser una costumbre. Hay que recapacitar la importancia de lo que se deja impreso.

Hay que tener dulce el decir y no la lengua amarga e injuriosa; alabar poco, pero vituperar menos, como nos diría el humanista valenciano Luis Vives, el amigo de Tomás Moro, el camarada de Erasmo, el eterno y voluntario exilado que se pasó la vida cantando por la Europa de los albores del siglo XVI las excelencias de España, su Patria, y las bellezas de la riente Valencia en la que transcurriera su mocedad.

A pesar de los codos apoyados en la mesa y las manos apretando las sienas como para exprimir el cerebro obligándole a verter ideas, estas no fluyen, y si lo hacen es con lentitud, no con la potencia y prodigalidad de las fuentes, de purísima agua, griegas y latinas.

Mi pretensión —¿sería jactancia decir la nuestra?— es la de recrearme la carne del alma — sólo el alma traspasa los umbrales de la vida terrena — lanzando un nuevo Libro de Fiesta Mayor vigoroso, pujante, inigualado hasta hoy y en el que se reflejarán todas las inquietudes y ansias espirituales de nuestra Torroella.

P.



(Foto A. Junqué)